

## LOS PLACERES DE NATALIA

Bryggette Joredy Huapaya Cárdenas

*No hay olor más exquisito que el de la tierra mojada; imagen más brillante que el de la luna llena; sabor más agradable que un helado de sandía y sonido más tierno que la risa de un niño*

En medio de viejos cuadernos encuentro mi cuaderno, ese cuaderno viejo y desgastado que tiene el dibujo de un oso panda en la tapa, aquel que había dejado olvidado en la caja de libros viejos porque mamá decía que servirían luego, tal vez para mi primo pequeño al que quería como a un hijo. Ahí, en la última página estaba escrito mis, para ese entonces, cuatro placeres primordiales, cada uno relacionado con un sentido, pero faltaba uno, que hasta ese entonces no supe apreciar, el tacto.

Ya lleva casi dos años guardado en esa caja polvorienta y carcomida por las ratas que alguna vez visitaron mi hogar, y aun así no encuentro algo o alguien con qué o quién relacionar ese sentido.

Sonrí con solo mirar el cuaderno, o bueno, ese escrito en la última hoja, hace casi dos años ¿verdad?, un oso panda en la tapa, río de mí, de mí en esa entonces ingenuidad, debió haber sido en clase de Microeconomía o Gestión Empresarial cuando escribí eso, eran clases que llevaba en la noche y me gustaba mucho escribir a esas horas en medio de personas que sabía no llamaba la atención, de seguro sentada al lado de alguna ventana abierta, la oscuridad de la noche con sus toques de misterio me transportan a pensamientos inimaginables.

Todo encajaba, cada placer tenía una historia. *La tierra mojada*, claro, cómo olvidar el día que me mudé a mi nueva casa, todo era tierra alrededor, no tenía vecinos, mi papá se quejaba del polvo así que regaba la tierra para que ya no se esparciera cada vez que había un ventarrón; fue la primera vez que realmente la oí, la disfruté y amé la esencia de aquel olor.

—¡Natalia, hijita! ¿Hay algo más para botar? —grita mi mamá desde el primer piso, hoy hemos decidido hacer una limpieza general en toda la casa así

que he estado lidiando con ropa vieja, libros carcomidos, madera apolillada y unos cuantos bichos tanto vivos como muertos.

—No mamá, eso es todo.

Mi madre, tan tranquila, tan paciente, llego a creer que es un ángel, sabe perdonar errores imperdonables. *La luna llena*, en ese momento fui víctima de la traición de mis recuerdos, aparecen sin ser llamados y no sabes qué traerán consigo, a veces iniciamos con una sonrisa para terminar con una lágrima. La luna llena, tan redonda y brillante, me tranquiliza el solo verla, me gusta ponerle caras, a veces triste, a veces aburrida, y hasta feliz, dependerá de ella, de cómo me encuentre yo, o quizá es lo contrario.

Recuerdo que era niña, bueno, una púber, con trece años, y a pocas horas para catorce, esa etapa en la que pretendes ser grande y llenas tu cuarto de pósteres de los grupos de moda, ya iba dejando de lado recuerdos de mi niñez, de mis pequeñas dos amigas de mi barrio anterior, de mi primera caída en bicicleta o del niño que me gustaba en primaria. Era de noche y estaba de vacaciones, mi papá había bebido de más porque celebró el día del padre, algo normal pero esta vez algo era distinto, ya no vivía con mi abuela ni mi tía, esta vez éramos solo él, mi mamá y yo; estaba asustada, ya no tenía a alguien al lado que me metiera a su cuarto con mentiras como «No quiere bulla, déjalo descansar», dicen que la curiosidad mata al gato ¿verdad?, en este caso la curiosidad mató parte de mi inocencia, palabras e imágenes que no debí ver, aquellas que mi abuela no permitía que viera o escuchara.

—*¡Te vas a la mierda! ¡Pídeme perdón o te boto de la casa!*

—*¡Perdón, perdón! ¡Ya suéltame!*

*¿Perdón? Salí hacia mi balcón y vi la horrorosa escena, mi papá tomando de los cabellos a mi mamá en el jardín y ella tratando con sus débiles manos zafarse de ahí, una cachetada y luego otra, recuerdo que mi perro ladraba mucho pero no podía bajar porque estaba encerrado en el tercer piso.*

—*¡Suéltala! ¡Suéltala papá, suéltala! — mi miedo no me permitía bajar y ayudarla, solo me limité a gritar desde mi balcón. — ¡Ayuda! ¡Ayuda! ¡Alguien ayúdeme!*

—*¡Cállate mierda, métete a tu cuarto!*

*¿Qué me dijo? Me quedé atónita, él me fulminaba con la mirada esperando que me metiera a mi cuarto y yo solo levanté la cabeza, quién sabe, para buscar ayuda divina tal vez, y ahí la vi, la luna, llena y redonda, bajé rápido la mirada con esa imagen en la mente y me metí, me acurruqué entre frazadas y lloré, lloré incontrolablemente deseando poder salir volando y llevarme a mi mamá conmigo y sentarnos en ese tranquilo satélite brillante y redondo, Perdón mamá, era lo único que podía decir, perdón por no haber hecho más, perdón por no haberme atrevido a bajar y tranquilizarlo, perdón, prometo llevarte a la luna algún día, iremos las dos, ya no llorarás.*

Recuerdo que mi frase de eres el mejor papá del mundo se quedó en el aire, como un escrito cualquiera en una de las tantas cartas que le daba de pequeña, esa fue la razón por la que mis cumpleaños dejaron de ser especiales, porque me cambiaron un Happybirth-daytoyou por un Te vas a la mierda.

—Hija, ayúdame a sacar las bolsas, tú que eres mi fortachona ven. —Mi mamá es tan delicada, tan dócil, no permito que lleve las cosas pesadas, soy el

hombrecito de la casa, eso le digo para hacerla sentir segura de que no me molesta llevar esas cargas.

—Eso es nada comparado con mi cobardía de no haberte podido defender mamá —pienso.

—¡Ahí voy! —bajo corriendo y le enseño mi cuaderno —mami mira.

—Tu cuaderno de osos, ¿también es para botar?

—No, no, mira lo que había escrito.

—No sabía eso, sé tu historia de la sandía y que amas la lu... —la corto.

—La sandía ¿recuerdas? — reímos juntas.

—Ay, pequeña mentirosa, ya ayúdame, está pesadísimo, he botado todos los discos piratas, ahora con esto del USB ya no los necesitamos.

El helado de sandía tiene un mejor recuerdo, uno gracioso, no sabía que me gustaba la sandía hasta que él me preguntó por mi fruta favorita, él, Gabriel, como el arcángel, quien según la astrología es el arcángel que cuida de los cáncer, mi signo, lo conocí de casualidad en una clase donde tuvimos que hacer grupo, no pensé lidiar con un chico como él, ya que al inicio no me caía bien, empezamos a hablar por chat y me di cuenta de todo lo contrario, divertido, sarcástico, inteligente, curioso e infinidad de virtudes que uno empieza a ver cuando te gusta alguien, sí, me gustaba, y fue una persona especial, de la que me llegué a aferrar porque me hizo ver las cosas desde otro punto de vista, desde uno más tranquilo y divertido cuando yo vivía en medio de preocupaciones y estrés, él supo sacarme de ahí sin saberlo; en una de nuestras tantas conversaciones me dijo que su fruta favorita era la mandarina, que las amaba, preguntó por la mía y hasta ese momento también era la mandarina pero quise decirle otra cosa solo para darle la contra, lo primero que se me pasó por la cabeza fue la sandía, me gustaba pero no era mi favorita, y debo admitir que después de ese día empecé a comerla más. Habían abierto una heladería, Pinkberry, y quise ir a probar, fui con él, entre los sabores estaba el de sandía, reí para mis adentros, pedí ese y él el de chocolate, realmente lo disfruté, fue un momento divertido, nunca le dije que había mentido, ya no era necesario, ahora sí

creo que no hay sabor más agradable que un helado de sandía, dulce y frío, como él, el arcángel del que ya no tengo rastro desde que decidió ya no ser tan dependiente de mí y con lo cual me vi forzada a hacerlo también.

—¿Agua o limonada? —pregunta mi mamá.

—Jugo de sandía por favor.

—¿Sabes algo de Gabriel?

—Ah sí, está en Colombia, dedicándose al tráfico de drogas.

—¿De qué estás hablando?

—Es broma, no lo sé, ¿hay algo más para botar?

—No, hijita, anda báñate para irnos a almorzar.

Mientras me baño escucho la radio, después de una canción de Arjona empieza un comercial de pastillas para la gripe, al final del comercial se escucha a un niño riendo porque ya está sano y puede irse a jugar; uno de mis peores miedos es el de no poder tener hijos; tengo una tía que es obstetriz, la ayudé un par de veces con los partos que tuvo, el ver al bebé saliendo del vientre de su madre es una emoción inexplicable, la cara de la mamá llena de orgullo y rebosando felicidad es increíble, tuve la desdicha de que en uno de los partos donde estuve presente el bebé había fallecido, se había ahogado con el cordón umbilical, la señora no paraba de llorar, intentó demandar a mi tía pensando que era su culpa, no pude dormir; el motivo por el que quiero terminar mi carrera es poder darle a mis hijos todo lo que necesiten, engreírlos y ser la mejor mamá del mundo; la risa de un niño está llena de sinceridad, de alegría en su estado puro, de inocencia, de ternura, es lo mejor para los oídos de cualquiera.

Casi dos años y recién supe apreciar el tacto de alguien.

*Pasó en mi cumpleaños número 20, estaba en la Plaza de Armas con Sebastián, en ese entonces mi enamorado, eran ya casi las 10:30 p.m., celebrábamos nuestro primer año juntos, estaba parada cerca de la piletta hablando por celular avisando que llegaría más tarde a casa. Sebastián había ido*

*a comprar manzana acaramelada; y fue en ese momento cuando todo sucedió, dos chicos venían juntos riéndose, empezaron a acercarse al lugar donde yo me encontraba, así que por precaución empecé a alejarme un poco, uno de ellos me miró y movió la cabeza hacia la derecha, antes de darme cuenta alguien tras de mí cogió de mis hombros y me tiró al suelo, grité mientras arrancaba de mi cuello la cadena que Sebastián me había regalado ese día, en el intento de querer robarme el celular rasguñó mi rostro. Sebastián vino corriendo, empezó a preguntarme si estaba bien y miraba molesto el rasguño que me habían hecho, le dije que estaba bien que solo estaba asustada, y bastó eso para que él se dispusiera a correr tras ellos no sin antes decirme que no me mueva, que regresaría rápido, que eso no podía quedar así. Estás loco ¡Sebastián ven aquí!, muy tarde.*

*Estaba aterrada, la poca gente que presencié todo también, pero nadie dijo o hizo algo más que comentar entre ellos. Pregunté por la comisaría más cercana, fui corriendo hacia ella, lloraba de impotencia, no sabía qué podía pasar. Cuando llegué unos oficiales salían apresuradamente; me mandaron con el comandante Soto quien estaba a cargo, y antes de contarle qué había pasado le pregunté por qué estaban todos así, no estaba segura de querer escuchar lo que me iba a decir.*

— Acaban de informarnos que hay un chico herido por un impacto de bala.

—¡No puede ser cierto maldita sea! ¡Quiero ir! ¡Él es mi enamorado, esos chicos me robaron y él fue tras ellos! —mi ataque de asma empezó.

—Cálmese señorita, cálmese, primero deme todos sus datos.

—¿Que me calme?! —mi respiración se dificultaba

*—¡No pienso darle mis datos hasta saber si es él o no! —me levanté e iba a salir de la comisaría pero me detuvieron los policías que estaban en la puerta.*

*—Déjenla salir, va conmigo —dijo Soto sacando su arma de uno de los casilleros.*

*Subimos al patrullero y al llegar vi a gente amontonada, paramédicos y dos de los chicos, el que movió la cabeza dando la señal y el que me tiró al piso, realmente me esperaba lo peor, Soto apartó a la gente y me dejó mirar al cuerpo para confirmarle si era él. Antes de acercarme por completo escuché que los médicos ya lo habían dado por muerto, el impacto de la bala había sido en la cabeza, los empujé y me arrodillé a su lado.*

*—¿Sebastián? ¿Sebastián? —tocaba su mejilla mientras lloraba e ignoraba mi dolor en el pecho que sentía por la falta de respiración, tocaba su pecho esperando sentir el más mínimo movimiento de su corazón, nada, me desesperé, lloraba incontroladamente, volvía a tocar, nada.*

*Soto trataba de separarme, yo ya no podía respirar más, lo último que recuerdo es su voz llamando a los paramédicos para que me auxiliaran.*

*Desperté en una habitación del hospital, mis padres estaban ahí sentados; lo primero que hice fue preguntar por él. Sus rostros me dijeron todo.*

Ahora sí puedo decir que no hay algo mejor que el sentir del movimiento de un corazón.

## HASTA EL CIELO

Jamil Humberto Sheput Torrealva

Hola, Sean. ¿Cómo estás? ¿Cómo va todo por allá? Espero que bien. ¿Qué dicen los abuelos? ¿Bien? Imagino que sí, todos la deben estar pasando de puta madre. Acá... bueno, te imaginarás. Mamá está mal. No, no físicamente, no te preocupes. Pero en un día tan... representativo como este, siempre se va a la mierda. Papá se fue un mes después que tú te fuiste, aunque supongo que sí lo sabías. Dicen que de donde estás se puede ver todo y a todos... ¿Es cierto? Perdóname que recién haya venido a verte, pero tú sabes... sí, yo sé que me entiendes. Puedo buscar en todo este maldito planeta a alguien que me entienda siquiera la mitad de lo que tú me entendías y sé que no lo encontraré...

¿Por qué te fuiste, huevón? No, tranquilo. No estoy enojado. Es solo que te extraño. Sí, ya sé que nunca te dije algo así cuando estabas acá. Era muy de maricas decirse eso entre hermanos, ¿cierto? Pues que me den por el culo entonces. Te extraño. Extraño tener a alguien a quien joder, a quien apagarle la terma cuando se está bañando, a alguien con quien fumar y tomar en el balcón de la casa a escondidas de nuestros padres. A alguien que me sacaba una joda incluso de los más trágicos problemas, que me ayudaba con los cursos que no entendía, que me hackeaba el Facebook y me ponía huevada y media. Extraño tus pendejadas y cómo te burlabas de mi gusto por las relaciones serias. Vive primero y de ahí cágate comprometiéndote, me decías. Te extraño, basura. Extraño escuchar tu voz, cuando cantabas. No sé con qué cara te la dabas de rockero o metalero si escuchabas Shakira, Gwen Stefani, Shania Twain... Siempre me cagaba de risa cuando te escuchaba cantar en casa, no porque cantes mal, tú siempre cantaste bravazo, sino por la música en sí. Ahora yo también escucho esas canciones y las siento gracias a ti. Aunque suenan mejor con tu voz. Te extraño. Y sí, soy un marica desde que te fuiste, aunque nunca tanto como tú.

A veces, mamá me llama por tu nombre. Sean, ven a comer. Buenas noches, Sean. Me da risa, papá era de los que nos cambiaba de nombre cuando estabas acá, ¿recuerdas? ¡Alex! No, ¡Sean! No... ah ya, itú, ven! Mamá no. Ella nunca. Pero, desde que te fuiste, se confunde. Usualmente, se da cuenta y me